

ma, las empeñadas polémicas que sostenian los hombres de ciencia para poner en claro la legitimidad de tal ó cual Pontífice, y el comun deseo de ver terminada presto tan dolorosa escision, parecian otros tantos testimonios inequívocos de la importancia que se daba á la autoridad de la Santa Sede y de la necesidad que se reconocia de restablecer en breve su decaído prestigio. Sin embargo en medio de este general deseo no puede pasarse desapercibido otro resultado que inmediatamente producía semejante situacion: se reconocia necesaria la autoridad de la Santa Sede; pero al defenderla se la rebajaba, aun sin querer tal vez, colocándola al nivel de mezquinos intereses particulares. Los Papas en los cuales se habia reconocido siempre el carácter de la inamovilidad, empezaron á presentarse desde los primeros tiempos del cisma bajo el carácter de una incertidumbre á interinidad que hasta entonces no habian conocido. En su consecuencia no solamente sus naturales súbditos de los Estados de la Iglesia sino tambien el mundo entero dejó de reconocer en los Papas elegidos durante el cisma la inamovilidad propia de su augusto destino, puesto que las vicisitudes de la suerte ó las decisiones de algun concilio podian cambiar en un momento la situacion del que parecia ocupar mas legítimamente la Santa Sede.

Y si esto perjudicaba al prestigio de los Papas considerados como autoridad espiritual, tambien rebajaba su prestigio, aun considerando en ellos simplemente la autoridad temporal, como quiera que toda contribuía á debilitar su accion moral. Con efecto: ¿cómo habian de tener empeño los habitantes de Roma y de los territorios de la Santa Sede en sostener á todo trance á tal ó cual Papa en sus derechos de monarca cuando era constante la disputa sobre la legitimidad del príncipe á quien hubieran sostenido? ¿acaso en Roma y en todos los Estados de la Iglesia no habria distintos pareceres en favor del Papa ó antipapa, en una época en que la cristiandad llegó á verse dividida en tres partidos en una cuestion tan vital? Y siendo justificado por las circunstancias este desacuerdo de los súbditos del Papa, ¿no se concibe muy bien que sin ser enemigos de la Santa Sede ni de su poder temporal, antes al contrario deseando favorecerlo, no apoyasen al Papa residente en Roma los que tuviesen por legítimo Papa al que residia fuera de los Estados de la Iglesia? ¿Qué mucho pues que con tales elementos lograrse introducirse y dominar en la capital del mundo católico un príncipe activo como el rey de Nápoles? ¿qué mucho que el Papa careciese del prestigio y de la fuerza material de que en épocas normales hubiera podido disponer para su propia defensa? De todos modos,

siempre se deduce de esto que la cuestion en el fondo era personal, no era cuestion de instituciones: de otra suerte los gobiernos y los pueblos no hubieran tomado una parte tan activa en el cisma, hubieran dejado en el abandono á los Papas, á los cardenales y demás á quienes podia considerarse como especial y directamente interesados en la suscitada cuestion de partidos. No se olvide sin embargo que toda la cristiandad tomó interés y parte en el asunto, siguiendo siempre la mayoría de los pueblos y de los gobiernos el partido del Papa que ocupaba á Roma ó los territorios sometidos desde antiguos tiempos á la Santa Sede.

Al fin era preciso poner término definitivo al desconcierto general promovido por el cisma, dejando de fomentarse por el interés general de la cristiandad los intereses particulares de los pueblos y de los partidos: hasta entonces y á pesar de todos los esfuerzos no habia habido medio de entenderse ni de zanjar de un modo absoluto los graves disturbios promovidos desde el establecimiento definitivo de la Santa Sede en Roma. El concilio de Pisa, segun hemos dicho, habia dado el primer paso, y paso por cierto muy decisivo hácia el desenlace del cisma; pero eran tan arraigados los intereses que se habian puesto en debate y son de tal índole las cuestiones que afectan á intereses personales, como sucede siempre en las luchas intestinas, que no es fácil desarraigar el mal con cualquier medio que se le aplique, aun cuando ese remedio parezca bajo todos conceptos eficaz. Así fué que al concilio de Pisa hubo de suceder el concilio de Constanza, en el que Gregorio XII abdicó y fué depuesto Benedicto XIII, siendo en su consecuencia elegido Martino V. La entrada de este pontífice en Roma fué una nueva prueba de que se deseaba y se consideraba al Papa el verdadero y único monarca legítimo de aquella ciudad y de los territorios que le pertenecian. Despues del mucho tiempo que habia transcurrido sin que la residencia tranquila, normal y continua de los Sumos Pontífices pudiese dar la debida eficacia á su gobierno, la ciudad habia venido tan á menos que se habia perdido todo recuerdo de una desolacion como la que experimentaba en aquel entonces; no parecia la capital del mundo católico, como que hasta habia degenerado de las condiciones propias de una ciudad de regular importancia. Las leyes habian caído en desuso, el comercio estaba en decadencia, los edificios y los monumentos públicos habian llegado á tal extremo que pronto hubieran amenazado ruina; hasta en las familias y en las relaciones recíprocas de los ciudadanos se notaban todavía los efectos de las discordias en que habian vivido tanto tiempo. Así fué que al entrar en Roma el pa-

pa Martino V el día 22 de setiembre del año 1420 se le recibió con entusiastas y unánimes aclamaciones, se le saludó como se saluda la esperanza y se le consideró como verdadero padre de la patria. Martino V correspondió á tan favorables agüeros realzando la ciudad, restableciendo en ella la seguridad y el orden, y probando una vez mas que el gobierno temporal de los Papas era y es aun, como lo será sin duda en adelante, el único gobierno normal y propio de aquellos territorios cuya posesion se disputa á la Santa Sede sin motivo alguno valedero.

La providencia habia dispuesto sin embargo que se prolongasen por algun tiempo mas las críticas y dolorosas circunstancias que afligian á la Iglesia y á la cristiandad. Despues del pontificado de Martino V en que empezó á restablecerse otra série de complicaciones que coincidieron con la muerte de Martino V, con la eleccion de Eugenio IV y con la celebracion del concilio de Basilea.

Permítasenos que precindiendo de detalles innecesarios al objeto que nos hemos propuesto en la presente obra, recordemos solamente que no solo el Papa Martino V durante todo su pontificado, sino tambien Eugenio IV en los primeros tiempos del suyo residieron constantemente en Roma. Pero el concilio de Basilea habia empezado sus sesiones con miras altamente hostiles al Sumo Pontífice, y no habia reparado en medio alguno de los que podian rebajar el prestigio del monarca que se sentaba en el trono de Roma; así fué que renacieron nuevamente los partidos, empezó á tener afiliados el concilio, tuvieron oportuna ocasion de revelar prácticamente su antipatia y oposicion al Papa los que en medio de las discusiones suscitadas creyeron preferente tomar partido por los padres del concilio. Y esta division de pareceres trascendió del orden espiritual al orden temporal, de los obispos á los monarcas y á los pueblos, y por consiguiente á los habitantes de Roma y de los Estados de la Iglesia. Eugenio IV hubo de huir de su ciudad cediendo á las vejaciones del duque de Milan y de sus generales; escapóse secretamente en una barca que por las aguas del Tiber le condujo á una galera á bordo de la cual pasó de Ostia á Pisa y luego á Florencia. El concilio llevó mas adelante su oposicion al papa Eugenio IV, hasta el punto de elegir un antipapa que tomó el nombre de Félix V. Este antipapa era Amadeo, duque de Saboya, príncipe seglar, que sin embargo de contar entre los electores un gran número pertenecientes á su propio pais y que por esta razon eran officiosos é interesados, no salió elegido Papa hasta el quinto escrutinio que tuvo efecto el día 5 de noviembre del año de 1439. Este acontecimiento fué alta-

mente escandaloso y contribuyó al descrédito de los padres del concilio.

Consecuencia de todos estos sucesos fué la division que se notó al poco tiempo entre el antipapa Félix V y el concilio de Basilea; y en medio de tan fatales disensiones como se habia creado, continuó presentando por algun tiempo la historia de la Iglesia el cuadro desconsolador y triste de que cualquiera puede formarse una idea. Murió por último el papa Eugenio IV el día 23 de febrero del año de 1447, y tuvo el consuelo de que su muerte ocurriese en Roma despues de restablecida la union entre el Papa y los alemanes. Sucedió á Eugenio IV el nuevo pontífice Nicolás V á quien cupo la suerte de poner definitivo término al ruidoso y largo cisma de Occidente, recibiendo en sus manos la abdicacion del antipapa Félix. Ciertamente es que para esto hubo de mediar cierta transaccion á consecuencia de la cual el antipapa fué nombrado cardenal, obispo de Sabina, legado y vicario perpétuo de la Santa Sede en los Estados de Saboya y en los puntos inmediatos cuando se encontrase en ellos, considerándosele como la primera persona de la Iglesia despues del Sumo Pontífice, quien al acercársele debia levantarse y no exigirle mas que el ósculo, y por último concediéndole el derecho de conservar los ornamentos y las insignias del pontificado, esceptuando el dosel, el anillo del pescador, la cruz en el calzado y la prerogativa de llevar el Santísimo Sacramento en sus viajes. Triste es sobremanera que tratándose de intereses tan respetables y de tanta monta como el gobierno espiritual de la Iglesia hayan tenido que mediar estas mezquindades de intereses y pasiones personales; á pesar de todo, no dejó de ser un acontecimiento que puso muy alta la gloria del papa Nicolás V la feliz terminacion del cisma de Occidente y el restablecimiento de la unidad tan suspirada en la Iglesia y en su gobierno.

Muchos habrá ciertamente que pretenderán sacar gran partido de los ruidosos acontecimientos del período histórico á que acabamos de referirnos; mucho pueden la pasion y el fanatismo de los que se ciegan en desatentados proyectos; mucho pueden los violentos esfuerzos de los que se forman una lógica particular para deducir consecuencias sin reparar en la verdad ó falsedad de las premisas; pero mas que todos estos esfuerzos estériles pueden la opinion de los hombres imparciales, la elocuencia y la lógica de los hechos, y es por cierto muy lógico, muy elocuente, muy significativo el hecho de haberse conservado en medio de tantas disidencias y disturbios el poder temporal de la Santa Sede, despues de haberle combatido ruda y tenazmente por tanto tiempo así propios como estraños. Cuando otros go-

biernos mas robustos se hundieron entonces para siempre mas, el gobierno temporal del Papa no seria un despropósito mayúsculo como se quiere suponer, no seria una aberración ni una anomalía, puesto que el restablecimiento de los despropósitos, de las aberraciones y de las anomalías nunca ha traído consigo el orden, la paz, la union y el estado normal, como lo trajo el restablecimiento de la unidad en el gobierno espiritual de la Iglesia, y en su consecuencia el restablecimiento de la soberanía temporal del Papa en Roma y en sus Estados.

PERIODO TERCERO.

QUE COMPRENDE LA HISTORIA DEL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS DESDE LA CONSOLIDACION DEFINITIVA DE LA SANTA SEDE EN ROMA AL TERMINAR EL CISMA DE OCCIDENTE HASTA EL IMPERIO DE NAPOLEON I.

CUANDO Jesucristo estableció el poder pontificio para que rigiese y gobernase la Iglesia, prometió su asistencia á S. Pedro y por consiguiente á sus sucesores hasta el punto de asegurarles que el poder del infierno no prevaleceria contra su institucion augusta. En esta solemne promesa iba implícita la declaracion de que la Iglesia se veria sometida á duras persecuciones; pues bien, la historia ha convencido al mundo de que no han escaseado esos contratiempos. Y como el poder temporal de los Papas no es mas que una consecuencia lógica de su poder espiritual, de ahí es que no han faltado ocasiones en que se ha puesto á prueba la estabilidad de ambos poderes. Después que las persecuciones y las herejias han llenado de luto y de afliccion á la Iglesia, han sucedido siempre circunstancias mas normales en que restableciéndose la paz y la tranquilidad ha parecido que no habian de sobrevenir nuevos contratiempos, y sin embargo, con mas ó menos intervalos ha habido en todas épocas vicisitudes dolorosas que han obligado á las almas piadosas á reiterar sus fervientes oraciones para conseguir el término de los males que han afligido á la Iglesia. Su condicion es la de militante; por esto habrá de contar hasta la consumacion de los siglos con esas peripecias contra las cuales la alienta sin embargo la asistencia eficaz que le está prometida.

Lo que le ha sucedido y le sucede á la Iglesia en el orden espiritual, tiene su reproduccion en distinto concepto. Hé aquí porque aun á despecho de lo que está en el orden na-